

triste ó gloriosamente: cayeron en Aranjuez, como en Paris y Napoles, á impulsos de la revolucion francesa, que los llevaba por delante, semejante á las furias vengadoras que persiguen á los culpables. En Paris, aquella revolucion habia derribado la cabeza de un Borbon. En Nápoles habia arrojado otro al mar y le habia obligado á refugiarse en Sicilia. En Aranjuez obligaba al último á abdicar para salvar la vida de un innoble favorito, y se servia no de un pueblo amante de la libertad, sino de un pueblo idólatra de la monarquía; siendo de este modo tan varia en su manera de obrar, como lo eran los lugares en donde penetraba, pero siempre terrible y regeneradora, aunque felizmente menos cruel, porque ya destronaba y no mataba á los reyes.



LIBRO TREINTA.

Bayona.

Desórdenes en Madrid al saberse la noticia de los acontecimientos de Aranjuez.—Murat acelera su llegada.—Al aproximarse á Madrid recibe un mensaje de la reina de Etruria.—La envia á Mr. de Monthyon.—Este encuentra á la familia real desconsolada y pesarosa de haber abdicado.—Cuando regresó Mr. de Monthyon, Murat sugiere á Carlos IV la idea de protestar contra una abdicación que no habia sido libre, y diera el reconocer á Fernando VII.—Entrada de los franceses en Madrid el 23 de marzo.—Protesta secreta de Carlos IV.—Fernando VII se apresura á entrar en Madrid para tomar posesion de la corona.—Disgusto de Murat al ver entrar á Fernando VII.—Mr. de Beauharnais aconseja á Fernando VII que vaya á avistarse con el emperador de los franceses.—Efecto de las noticias de España en las resoluciones de Napoleon.—Adopta un nuevo partido al saber la revolucion de Aranjuez.—Concibe en Paris el mismo plan que Murat en Madrid, el de no reconocer á Fernando VII, y hacer que Carlos IV le ceda la corona.—Mision del general Savary en Madrid.—Regreso de Mr. de Tournon á Paris.—Duda momentánea que se suscita en el ánimo de Napoleon.—Despacho singular del dia 29, que contradice lo que habia pensado y resuelto.—Las noticias de Madrid llegadas el 30 confirman á Napoleon en sus primitivos proyectos.—Aprueba la conducta de Murat, y que envíe á Bayona toda la familia de España.—Se pone en camino para Burdeos.—Con la aprobacion de Napoleon, Murat trabaja con el general Savary en la ejecucion del plan convenido.—Fernando VII, despues de reunir en Madrid á sus confidentes íntimos, el duque del Infantado y á don Juan Escoiquiz, delibera sobre la con-

ducta que debería observarse con los franceses.—Motivos que le deciden á salir en busca de Napoleón.—Una entrevista con el general Savary acaba de decidirle.—Resuelve la marcha, y deja en Madrid, para que le represente, una regencia presidida por su tío don Antonio.—Sentimiento de los españoles al verle partir.—Los reyes padres al saber que va á presentarse á Napoleón, quieren también trasladarse allí para defender en persona su propia causa.—Júbilo y locas esperanzas de Murat al ver que los príncipes españoles se entregan por sí mismos.—Espíritu del pueblo español.—Su conducta con las tropas francesas.—Actitud de Murat en Madrid.—Viage de Fernando VII desde Madrid á Burgos y de Burgos á Vitoria.—Su permanencia en Vitoria.—Sus motivos para detenerse en aquella ciudad.—Savary se separa de él para ir á recibir nuevas instrucciones de Napoleón.—Napoleón se establece en Bayona.—Carta que escribe á Fernando VII y órdenes que dicta con respecto á él.—Fernando VII se resuelve por último á marchar á Bayona.—Su llegada á aquella ciudad.—Recibimiento que le hizo Napoleón.—Primera insinuación acerca de lo que se quiere de él.—Napoleón le manifiesta sin rodeos su intención de apoderarse de la corona de España, y le ofrece en compensación la de Etruria.—Resistencia é ilusiones de Fernando VII.—Napoleón para terminarlo todo aguarda la llegada de Carlos IV, á quien había invitado para que fuese á Bayona.—Viage de los antiguos soberanos.—Libertad del príncipe de la Paz.—Reunión en Bayona de todos los príncipes de la casa de España.—Acogida que Napoleón dispensa á Carlos IV.—Le trata como rey.—Fernando vuelve á la condición de príncipe de Asturias.—Convenio de Napoleón con Carlos IV para asegurar á este un magnífico retiro en Francia, mediante el abandono de la corona de España.—Resistencia de Fernando VII.—Napoleón se hallaba pronto á concluirlo todo por un acto de su inmenso poderío, cuando los acontecimientos de Madrid le suministran el apetecido desenlace.—Insurrección de Madrid el día dos de mayo.—Murat manda una represión enérgica.—Consecuencias en Bayona.—Emoción de Carlos IV al saber la jornada del dos de mayo.—Escena violenta entre el padre, la madre y el hijo.—Terror y resignación de Fernando VII.—Tratado para la cesión de la corona de España á Napoleón.—Partida de Carlos IV para Compiègne y de Fernando VII para Valencey.—Napoleón destina para la corona de España á José, y para la de Nápoles á Murat.—Dolor y despecho de este último al saber la resolución de Napoleón.—Mas no por eso deja de trabajar para obtener de las autoridades españolas la espresión de sus deseos en favor de José.—Declaración equivocada de la junta y del Consejo de Castilla, manifestando su voto condicional en favor de José.—Descontento de Napoleón con Murat.—Mientras aguarda la contestación de José para poder proclamar la nueva dinastía, Napoleón procura subsanar la violencia que acaba de cometer con la España por medio del

empleo maravilloso de sus recursos.—Auxilio de dinero á la España.—Distribución del ejército de manera que pudiese defender las costas y evitar todo acto de resistencia.—Vastos proyectos marítimos.—Llegada de José á Bayona.—Es proclamado rey de España.—Junta convocada en Bayona.—Deliberación de aquella junta.—Constitución española.—Aceptación de la Constitución y reconocimiento de José por la junta.—Conclusión de los acontecimientos de Bayona y salida de José para Madrid y de Napoleón para París.

La caída del príncipe de la Paz, había producido en el pueblo de Madrid la mayor alegría. La noticia de la abdicación de Carlos IV, y el advenimiento de Fernando VII la hizo llegar á su colmo. Para las turbas no hay alegría completa sin trastornos. Sabían aquellas que el príncipe de la Paz estaba preso en Aranjuez, y corrieron á precipitarse sobre su familia y los personajes que gozaban de su confianza. Devastaron sus casas, y persiguieron á las personas, pero felizmente ninguna cayó en poder de la multitud, merced al valor de Mr. de Beauharnais. Este despues de la abdicación de Carlos IV regresó inmediatamente á Madrid, y tuvo tiempo para dar asilo á la familia de Godoy. La madre, el hermano y las hermanas de aquel, casadas con los principales señores del reino, habían pasado una noche terrible en sus mismos palacios. Mr. de Beauharnais les ofreció un asilo en la casa de la embajada, en donde debían ser protegidos por el terror de las armas francesas, porque Murat se encontraba en aquel momento á una jornada de la capital. El saqueo y el incendio duraron todo el día 20 sin que lo impidiese la fuerza pública. Había en Madrid dos regimientos suizos (los de Preux y de Reding) pero aquellos soldados extranjeros, en peor posición que los demas en medio de las agitaciones populares, ni se atre-

vieron á presentarse ni hicieron nada para contener el desórden. Una especie de cansancio, la cooperación de algunos vecinos que se armaron espontáneamente, y una proclama de Fernando que no queria inaugurar su reinado con odiosos excesos, pusieron fin á aquellas destructoras escenas. Todo Madrid se complacia de ver concluido un reinado aborrecido, y principiar otro ardientemente deseado. La satisfaccion era general en los ánimos, y no producía en ellos la mas leve inquietud la noticia de la aproximacion de las tropas francesas. Antes se esperaba que derribasen al favorito, pero entonces todos se lisongeaban con la idea de que iban á reconocer á Fernando VII. De todos modos, el pueblo envanecido con lo que acababa de hacer, y orgulloso por haber vencido por sí solo al temible favorito, tenia gran confianza y aparentaba no temer á nadie. En su natural alegría, no creía mas que lo que le lisonjeaba, y los franceses no eran á sus ojos mas que unos auxiliares que llegaban á solemnizar el reinado de Fernando VII. Con semejantes disposiciones, las tropas no podian menos de ser bien recibidas.

Habian ya pasado en su mayor parte el Guadarrama. Las dos primeras divisiones del cuerpo del mariscal Moncey estaban el 20 entre Cabanillas y Buitrago, y la tercera en Somosierra. La primera division del general Dupont se hallaba el mismo dia en Guadarrama pronta á bajar al Escorial; la segunda del mismo cuerpo en Segovia y la tercera en Valladolid. Murat podia, pues, llegar á Madrid en veinte y cuatro horas, con dos divisiones del mariscal Moncey, una del general Dupont, toda su caballería y la guardia, es decir, con

treinta mil hombres. En la capital no habia mas que dos regimientos de suizos, y el pueblo estaba desarmado, por consiguiente Murat no tenia que temer ninguna resistencia.

Los desórdenes de la capital le habian afligido profundamente, y sentía el que la Europa pudiese acusar á los franceses de haber promovido trastornos en España para apoderarse de ella mas fácilmente. No sabia tampoco si aquella solucion imprevista era la que Napoleon deseaba, y sobre todo si era la que mas convenia para que el trono quedase vacante. La humanidad, la obediencia y la ambicion producian en su alma un penoso conflicto. En este estado, escribió á Napoleon participándole lo que acababa de saber, y quejándose nuevamente de que no le hubiese confiado su secreto: al mismo tiempo le manifestaba el sentimiento que le causaban los sucesos de Madrid, y le anunciaba que iba á entrar inmediatamente en la capital para reprimir á toda costa los excesos de un populacho enfurecido. Hecho esto, puso en movimiento sus columnas, y marchó delante para colocar en San Agustin las tropas del mariscal Moncey, y en el Escorial las del general Dupont.

Al siguiente dia 21 se encontraba en el Molar, y allí recibió un correo disfrazado, que le llevaba una carta de la reina de Etruria. Esta princesa á quien habia conocido en Italia, y con la que tenia relaciones de amistad, escitaba la sensibilidad de su corazon, en nombre de una familia augusta y desgraciada. En ella le decia, que sus ancianos padres se veian amenazados de un grave peligro y que para preservarse de él recurrían á su generosa proteccion. Le suplicaba que fuese secreta-

mente á Aranjuez, para presenciar su deplorable situacion y convenir en los medios de sacarlos de ella.

Aquella jóven inconsolable poco versada en el conocimiento de los negocios, aunque dotada de mas talento que su difunto esposo, creía que un general en jefe que representaba á Napoleon, y que conducia un ejército á las puertas de una de las capitales de Europa, podria abandonar sin ser advertido su cuartel general por un dia ó dos, como quizá lo habia hecho en Florencia, cuando se hallaba en plena paz, y mas ocupado en sus placeres que en guerra y en negociaciones. Murat la contestó con mucha política que le eran en extremo sensibles las desgracias de su familia, pero que le era imposible abandonar su cuartel general, en donde le retenian deberes muy imperiosos, pero que la enviaba en su lugar á Mr. de Monthyon, uno de sus oficiales, hombre seguro, y á quien podria decir todo lo que le confiaria á él mismo (1).

Mr. de Monthyon salió del Molar el 21, llegó á Aranjuez el 28, y encontró desconsolada á la familia de los antiguos soberanos. En un momento de terror, Carlos IV y su esposa se habian decidi-

(1) No supongo ni invento nada. Escribo con arreglo á documentos originales depositados en el Louvre, de los cuales algunos se publicaron en el Monitor, aunque en corto número, y con notables alteraciones. La correspondencia de Murat con Napoleon, la mas importante é instructiva de las relativas á los asuntos de España, no se ha publicado nunca. En el Monitor se han insertado algunos fragmentos de la de Mr. de Monthyon, pero muy desfigurados. Lo que refiero está tomado de originales autógrafos y exactos.

do á desprenderse de la autoridad suprema. La reina, autora principal de las determinaciones de la corte, habia sido impulsada á hacer la abdicacion por el deseo de salvar la vida al principe de la Paz, y de sustraerse con su esposo á los peligros que habia exagerado su imaginacion. Mas pasado el primer momento, el silencio sucedió al tumulto popular, y nuevos peligros amenazaban al principe de la Paz, cuyo proceso habia decretado Fernando VII, por manera que sufría el doble pesar de verse abatida, y de no mirar en seguridad al objeto de sus criminales afecciones. Y como los movimientos de su alma se reproducian al instante en la de su débil esposo, le habia comunicado los mismos pesares. Para colmo de desgracia acababa de hacérseles saber en nombre de Fernando VII, que era necesario se trasladasen á Badajoz, en lo último de Estremadura, lejos de la proteccion de los franceses, para vivir en el aislamiento y tal vez en la miseria, mientras que un hijo aborrecido, reinaria, se vengaria, y probablemente sacrificaria á Godoy. Con semejante perspectiva, su situacion se hacia cada dia mas cruel. La jóven reina de Etruria, á quien aquel destierro desconsolaba en proporcion de su edad, añadía á los dolores de la real familia su propia desesperacion. Como tenia relaciones con Murat, y éste podia auxiliarles en su angustiosa posicion, recibió el encargo de implorar la proteccion del ejército francés.

Tal era el estado en que Mr. de Monthyon encontró á aquella desgraciada familia. El anciano rey, la reina, y la jóven reina de Etruria, le rodearon y le asaltaron con las mas vivas instancias y

súplicas. Le refirieron las angustias de los dos últimos días, las violencias que habian sufrido, las que sin duda iban á padecer, la intimacion que se les habia hecho de marchar á Badajoz, y sobre todo los peligros que amenazaban á don Manuel Godoy. Hablóse de esto, mucho mas que de la familia real; se pidió para él la proteccion de la Francia, ofreciendo conformarse con la decision de Murat relativamente á todo lo ocurrido, hacerle árbitro del destino de España, y someterse á cuanto mandase.

Mr. de Monthyon volvió á partir al momento para reunirse con Murat que se habia aproximado á Madrid el día 22, con el fin de efectuar su entrada el 23, día casi indicado de antemano en las instrucciones de Napoleon. Le participó cuanto habia visto y oido en su conferencia con los antiguos soberanos, sus amargos pesares, y sus deseos de acudir á Napoleon para que decidiese sobre los últimos acontecimientos de España. Al escuchar Murat su narracion, pareció que le iluminaban repentinamente. No estaba en el secreto de la política de que era instrumento, pero habia supuesto ó pensado algunas veces que Napoleon queria usurpar á Carlos IV y obligarle á huir, para proporcionarse la corona de España como la de Portugal, por medio del abandono que de ella hiciesen sus poseedores. Este plan quedaba desconcertado por la revolucion de Aranjuez, y Murat creyó que era necesario obrar de modo que las mismas circunstancias produjesen otro enteramente nuevo. En consecuencia, concibió la idea de convertir en una protesta formal de la abdicacion del día 19, el pesar que los soberanos manifestaban por aquel acto,

y despues de redactada, firmada, y entregada en sus manos, negarse á reconocer á Fernando VII; lo que podia hacerse naturalmente, porque no era probable que habiendo subido Fernando VII al trono de semejante modo, fuese reconocido sin solicitar antes la aprobacion de Napoleon. El resultado de esta combinacion iba á ser el dejar á la España sin soberano; porque el anciano monarca que habia cesado de hecho, no recobraría el trono protestando, y Fernando VII, merced á aquella protesta quedaria suspenso de su autoridad real. Entre un rey que ya no lo era ni podia serlo, y otro que todavía no lo era, ni lo seria jamás, si no se queria que lo fuese, la España iba á encontrarse sin mas señor que el general en jefe del ejército francés. De este modo la fortuna restituía el medio que habia arrebatado impidiendo la marcha de Carlos IV.

El talento de Murat aguzado por la ambicion, acababa de penetrar todo cuanto el genio de Napoleon, con su profunda astucia, imaginó algunos dias despues al saber los últimos acontecimientos. Sin perder momento, y con la vivacidad de sus deseos, Murat dispuso que Mr. de Monthyon volviese á Aranjuez, encargándole se avistase con la familia real, y la propusiese, puesto que habia sido violentada, segun ella misma lo declaró anteriormente, que protestase contra la abdicacion del 19, y que si no se atrevia á dar aquel paso públicamente lo hiciese en secreto: que incluyesé aquel documento en una carta para el emperador, que no debia tardar muchos dias en llegar á España, y que de este modo quedaria constituido árbitro de la odiosa usurpacion que el hijo habia

cometido contra su padre. Murat prometia inclinar el ánimo de Napoleón hacia la causa de los antiguos soberanos, y hasta tanto no solo protegerlos á ellos, sino al desgraciado Godoy que se hallaba en poder de Fernando VII.

Mr. de Monthyon marchó efectivamente á Aranjuez, y Murat se apresuró á escribir al emperador informándole de lo ocurrido, y participándole la combinacion que habia ideado. El 22 por la tarde llegó á Chamartin, situado en las alturas que dominan á Madrid, y se preparó para hacer su entrada en el dia siguiente. Acababa de recibir al duque del Parque, enviado por Fernando VII para cumplimentarle en su nombre, invitarle á entrar en la capital, y ofrecerle víveres, alojamiento para el ejército, y la seguridad de las amistosas intenciones de la nueva corte para con la Francia. Murat dispensó al duque del Parque una acogida lisonjera en la que se traslucía un poco de la presuncion que le era propia, y al aceptar las seguridades que le ofrecia, le espresó con bastante claridad, que solo el emperador podia reconocer á Fernando VII, y legalizar en nombre del derecho de gentes la revolucion de Aranjuez. Que por lo que á él tocaba, hasta que se le comunicase la decision imperial, no le era dado considerar al nuevo gobierno mas que como de hecho, ni dar á Fernando VII mas titulo que el de principe de Asturias. Esta especie de relaciones fué aceptada, porque el lugar-teniente de Napoleón no admitia otras, y se dispuso todo para la entrada de los franceses en Madrid, la mañana del siguiente dia 23 de marzo de 1808.

Los que dirigian la nueva corte, aunque no

muy sábios, habian sin embargo conocido la necesidad de evitar un rompimiento con los franceses; porque el monarca que habia subido al trono por una revolucion palaciega, hubiera podido ser arrebatado por un regimiento de caballería. En su consecuencia habian recomendado á los habitantes de Madrid que recibiesen bien á las tropas francesas, y para asegurarse, hicieron fijar en las esquinas una proclama en que Fernando VII recordaba los sentimientos de benevolencia que debian animar á sus súbditos para con una nacion que era su antigua aliada. Los españoles que comprendian aquella politica tan bien como su jóven rey, é impulsados ademas por la curiosidad, estaban dispuestos á salir á recibir á Murat y prodigarle aclamaciones.

El 23 por la mañana, Murat reunió en las alturas situadas detras de Madrid, que no son mas que las últimas vertientes del Guadarrama, una parte de su ejército, que en aquel momento consistia en las dos primeras divisiones del mariscal Monecy, en la caballería de todos los cuerpos, y en los destacamentos de la guardia imperial enviados desde París para escolta de Napoleón. Hizo su entrada á la mitad del dia, á la cabeza de un brillante estado mayor, y encantó á todos por su buena presencia, su aire de confianza, y su graciosa sonrisa. La guardia imperial chocó extraordinariamente á los españoles; y tambien llamaron mucho su atencion los coraceros por su gran talla, su armadura y su disciplina. Pero la infantería del mariscal Monecy, que su mayor parte se componia de jóvenes mal vestidos y rendidos de cansancio, inspiró mas compasion que temor, lo cual era muy poco ventajoso

en un pueblo, cuyos sentidos era necesario impresionar mas bien que su razon. Sin embargo, el conjunto de aquel aparato militar produjo cierto efecto en la imaginacion del público, que aplaudió mucho á los franceses.

Por un descuido involuntario, mas bien que por falta de miramiento, que no entraba en el cálculo de nadie, no se habia preparado alojamiento para el general en jefe del ejército francés. Murat fué á parar al palacio del Buen Retiro y ocupó la habitacion que tenian las señoras Tudó antes de su partida. Se resintió algun tanto de esta falta de atencion, pero inmediatamente se le ofreció la antigua habitacion del principe de la Paz, situada cerca del magnifico palacio real. Las autoridades civiles y militares, el clero y el cuerpo diplomático fueron á visitarle. Los recibió con gracia y con cierta altivez casi como soberano, aunque no tenia mas título que el de general en jefe del ejército francés.

Cuando entraba en Madrid, se le dió la noticia de que iba á llegar preso, cargado de cadenas y conducido por guardias de corps, el infeliz Godoy, cuyo proceso iba á comenzarse en seguida. Murat por generosidad, por cálculo y por atraerse la antigua corte, destinada á servir de instrumento para nuevas combinaciones, estaba resuelto á no tolerar ningun acto de crueldad con el abatido favorito. Temiendo que la presencia de aquel personaje, objeto de odio para la multitud, produjese un tumulto popular, especialmente al tiempo de la entrada de las tropas, envió á uno de sus oficiales con orden de que se suspendiese la traslacion del preso y se detuviese en un pueblo inmediato á Madrid.

Esta orden encontró al principe de la Paz en la villa de Pinto, en donde se detuvo algunos dias. Murat dirigió inmediatamente á Aranjuez un destacamento de caballeria para proteger á los reyes padres, oponerse á que se los hiciese salir para Badajoz, y animarles á seguir sus consejos, restituyéndoles la seguridad. Al mismo tiempo anunció que ni él ni su soberano consentirian el excesivo rigor con que se queria tratar á don Manuel Godoy.

Mr. de Monthyon encontró á la familia de los antiguos soberanos mas desconsolada que en su primer viage, mas alarmada por la suerte del principe de la Paz, mas llagado su corazon por el abandono en que se la dejaba, mas irritada con el triunfo de Fernando VII, y por consiguiente mucho mas dispuesta á arrojarse en brazos de la Francia. La idea de una protesta adecuada para hacerla recordar el poder ó vengarla, y conforme por otra parte con la verdad de los hechos, no podia dejar de ser acogida con la mayor alegría. Lo fué en efecto, y Carlos IV se mostró dispuesto á firmarla al punto; pero la redaccion propuesta por Murat, no era la que convenia á los reyes, aunque fuesen dóciles y poco entendidos en materias de language. Temian que si semejante paso llegaba á descubrirse, comprometiese su vida y la del favorito, y pidieron algunas horas para reflexionar acerca de la mejor forma, obligándose en cuanto á lo demas á conducirse como se los exigiese, y á fechar la protesta el dia en que apareciese mejor su espontaneidad en acogerse á la justicia de Napoleon. Mr. de Monthyon volvió á avistarse con Murat para reiterarle aquellas seguridades y la solicitud de la proteccion del ejército francés.

Seguro ya Murat de disponer de los reyes padres como le pareciese mas conveniente al mejor éxito de la combinacion de que era autor, resolvió obrar tambien con Fernando VII para obligarle á que no se ciñese todavía la corona, á que se abstuviese de egercer actos de soberanía, y sobre todo á diferir su entrada solemne en Madrid. Murat creia que cuanto menos fuese rey Fernando VII, no siéndolo ya Carlos IV, mejor se compondrian las cosas en sentido de sus esperanzas. Deseaba además obtener de Fernando otra determinacion que le parecia urgente. El príncipe de la Paz, cuando se trató del viage de Andalucía, habia mandado á las tropas españolas que volviesen á pasar la frontera de Portugal, y que la division de Taranco se dirigiese á Castilla la Vieja, y la de Solano á Estremadura. Esta, que ya habia llegado á las inmediaciones de Talavera, se aproximaba á Madrid, y podia dar margen á complicaciones contrarias á las miras de Murat que comprendia muy bien que los negocios de España debian manejarse mas bien con destreza que por la fuerza. Mas para conseguir la orden de que retrocediesen las tropas, era necesario recurrir al mismo Fernando.

Murat le envió á Mr. de Beauharnais, de quien desconfiaba mucho, porque sabia que era adicto al nuevo monarca, y en quien suponía mas astucia que la que aquel honrado y poco hábil embajador era capaz de desplegar en una trama política. Le persuadió que debía marchar inmediatamente á Aranjuez, y valerse de su ascendiente con Fernando VII para arrancarle las resoluciones que reclamaban las circunstancias. Para decidir á Mr. de Beauharnais, Murat principió infundiéndole temor

por la mala interpretacion que habia dado á las intenciones de Napoleon, contribuyendo á impedir el viage de Andalucía (lo cual se le imputaba efectivamente con razon ó sin ella). Para intimidarle mas, Murat le afirmó lo que no sabia, que Napoleon hubiera deseado que se repitiese la escena de Lisboa: despues, como medio seguro de reparar su falta, le sugirió la idea de trasladarse sin dilacion á Aranjuez, para conseguir de Fernando VII que hiciese retroceder las tropas españolas, que no se pudiese en marcha para Madrid, y que suspendiese todo acto de autoridad real hasta saber la decision de Napoleon. Mr. de Beauharnais, cediendo á sus consejos, partió al momento para Aranjuez para hacer, sino todo, al menos parte de lo que deseaba Murat.

Cuando se presentó á Fernando le pidió desde luego con su acostumbrada obstinacion, que volviesen las tropas españolas á sus primeras posiciones. Fernando no tenia todavía á su lado á sus dos principales confidentes el canónigo Escoiquiz y el duque del Infantado, desterrados demasiado lejos de Madrid para que hubiesen tenido tiempo de volver. Habia conservado algunos ministros de su padre, especialmente á los señores Cevallos y Caballero, y despues de consultarlos, hizo que espidiese al general Taranco y al marqués del Socorro, la orden de volver á entrar en Portugal, ó por lo menos de detenerse en la frontera de aquel reino para esperar allí nuevas instrucciones. Las tropas de Solano debieron regresar por Toledo y Talavera á Badajoz. De-empeñada esta primera parte de su comision, Mr. de Beauharnais, bien porque no hubiese comprendido la intencion de

Murat en cuanto á la segunda, ó porque aun comprendiéndola no quisiese conformarse con ella, se aplicó á persuadir á Fernando que era necesario grangearse la voluntad y el aprecio de Napoleón, y para ello correr en busca suya, echarse en sus brazos y pedirle su amistad, su protección y una esposa: que cuanto mas pronto diese semejante paso, mas en breve estaria seguro de reinar, y que lo mejor seria emprender al instante el viage desde el mismo Aranjuez; que no tendria que andar mucho, pues encontraria al emperador en el camino; y por último que no debia ir á Madrid sino de paso, y trasladarse lo mas pronto posible á Burgos ó Vitoria.

Mr. de Beauharnais daba semejante consejo de buena fé, y sin sospecharlo siquiera, contribuia por su parte, como Murat por la suya, á la intriga en que Fernando sucumbiria dentro de poco tiempo. El inesperto rey no rechazó aquel dictámen, pero aplazó su decision hasta la llegada de sus dos confidentes, sin cuya consulta no queria emprender nada grave. Adoptó únicamente del consejo de Mr. de Beauharnais, lo que entonces le convenia, que era el dejar á Aranjuez y marchar inmediatamente á Madrid, y fijó el siguiente dia 24 para su entrada solemne.

Mr. de Beauharnais en cuanto regresó á la capital refirió sencillamente á Murat todo lo que habia dicho y hecho. Este creyó ver en ello un cálculo pérfido para que Fernando VII entrase inmediatamente en Madrid, y tomase cuanto antes posesion de la corona. Sin pérdida de tiempo le denunció al emperador como un cómplice secreto de Fernando VII, como un activo agente de la re-

volucion que habia derribado al anciano rey del trono, y como un embajador peligroso que favorecia al nuevo soberano, único á quien habia que temer. Sin embargo, aquellas inculpaciones dictadas por la suspicaz ambicion de Murat, eran injustas ó por lo menos exageradas. Mr. de Beauharnais se habia desde un principio inclinado sinceramente á Fernando VII, porque le parecia el personaje de la corte digno de mas interés; tal vez su adhesion se habia avivado desde que se trató de casarle con una señorita Beauharnais; pero creia en conciencia que unirse á Fernando VII era para la Francia la mejor de las soluciones; y al impeler á aquel príncipe por el camino de Francia, queria llevarle, no á Madrid, sino á los pies de Napoleón para asegurar el resultado que juzgaba mejor. Por lo demas no era bastante activo ni hábil para tomar la mas leve parte en la última revolucion, en que solo habia figurado ofreciendo al anciano rey en el momento del peligro, el auxilio de su poca destreza y de su valor.

Los que dirigian los negocios del nuevo soberano lo habian dispuesto todo para la entrada de Fernando VII en la capital. Aunque ignoraban los designios de Napoleón, decian que siendo la soberania de Fernando la mas reciente y vigorosa, debia ser tambien la menos agradable á los franceses si abrigaban alguna mala intencion con respecto á España. Asi es que conceptuaban muy urgente el entrar en Madrid, y recibir las aclamaciones del pueblo, que serian como una especie de consagracion nacional. Habiendo entrado Murat el 23 les parecia demasiada tardanza un solo dia. En su consecuencia, se anunció que la nueva corte se

trasladaría á Madrid el 24, sin mas aparato que algunos guardias y el entusiasmo popular.

Efectivamente, el dia indicado salió Fernando de Aranjuez muy temprano, bajó del carruage en la puerta de Atocha, montó allí á caballo, y rodeado de los oficiales de su corte, atravesó el hermoso paseo del Prado, y penetró por la ancha calle de Alcalá en lo interior de Madrid, por medio de una multitud inmensa, que despues de haber deseado durante largo tiempo concluyese el último reinado y comenzase el nuevo, veia por fin realizadas sus esperanzas, y procuraba en algun modo desentenderse á fuerza de gritos de los peligros que amenazaban á la España. Toda la poblacion enagenada de gozo discurría por las calles ó se hallaba en los balcones, desde los que las señoras arrojaban flores. Los hombres se precipitaban delante del nuevo rey, y tendían las capas para que su caballo pasase por encima de ellas. Otros blandiendosus puñales (4) juraban morir por él, porque sus ardientes almas presagiaban aunque confusamente el peligro. Aquel príncipe rencoroso, tan poco digno de ser amado, se hallaba en aquel momento circundado de tanto amor como Tito obtuvo de los romanos y Enrique IV de los franceses. Formaba las delicias de la España, que no sospechaba el porvenir que la aguardaba.

Cuando Fernando VII llegó á palacio recibió á las autoridades públicas. El mismo dia el cuerpo diplomático le prestó homenaje como rey legitimo, aunque no reconocido. Mr. de Beauharnais detenido por Murat, no se presentó: su ausencia alar-

(4) Navajas querrá decir el señor de Thiers.

(Nota del traductor).

mó mucho á la nueva corte, y embarazó á los mismos individuos del cuerpo diplomático, que habian cedido á sus propios sentimientos adhiriéndose con tanta ligereza á la soberania de los Borbones. Los ministros de las cortes débiles y dependientes se escusaron. El de Rusia se escusó tambien, pero con menos humildad; alegó los usos diplomaticos que son invariables, y en virtud de los cuales se saluda á todo nuevo rey, sin prejuzgar la cuestion de su reconocimiento definitivo.

Murat recibió con visible disgusto aquellas esplicaciones de una conducta que le habia desagradado, porque miraba ya á Fernando como un rival á la corona de España, y cuando se le propuso que fuese á visitarle, se negó abiertamente, declarando que para él Carlos IV era siempre rey de España, y Fernando príncipe de Asturias hasta que Napoleon decidiese sobre aquel grave y triste conflicto. El 21 por la tarde como ya hemos dicho, escribió desde el Molar á Napoleón cuanto habia ocurrido, y le comunicó su plan, que consistía en hacer que Carlos IV protestase, y en no reconocer á Fernando VII, para que la España se encontrase con un rey que ya no era, y otro que todavia no habia llegado á serlo. El 22 y el 23 ocupado en su marcha y entrada en Madrid no pudo escribir. El 24 lo hizo participando lo que habia pasado en aquellos dos dias, y siguiendo inspirado por los acontecimientos, añadió á su plan una nueva idea, la que Mr. de Beauharnais le habia inocentemente suministrado, y de que se iba á hacer un uso pèrdido: aquella idea no era otra que la de enviar á Fernando al encuentro de Napoleon para que se apoderase de él é hiciese lo que quisiese. Entonces